

Laura Gámez (Programa JUNTOS 2015)

En nuestras vidas todos tenemos sueños y aspiraciones, basados en nuestra curiosidad, sorpresa, admiración y gustos... En mi caso desde pequeña anhelaba el poder conocer Japón, un país que fascinó a mi madre y por cuyos relatos nació en mí la curiosidad por saber más de él. Su cultura es cautivadora, rica y muy original; por ello es que decidí estudiar el idioma japonés (para empaparme más de ese país y como reto personal) y después de algunos años de estarlo estudiando surgió la oportunidad de participar en el Programa Juntos, de Vínculos de Amistad Japón-América Latina y el Caribe.

Las expectativas del programa y en particular las mías eran grandes, pero esas fueron excedidas enormemente por la primera visita que realizamos, ya que nunca me hubiera imaginado que este reto que asumí me llevaría a vivir una muy memorable y gratificante experiencia como fue el no sólo ir a Japón, sino poder participar en una recepción con el Príncipe Akishino, su esposa y la princesa Mako, ¡algo que nunca en mi vida hubiera imaginado!

Todo aquello que había conocido sobre Japón por otros medios se quedó pequeño, al poder apreciar de primera mano la amabilidad de su gente, el orden en las calles, los colores de los paisajes, los sabores característicos de su gastronomía y todo lo que representa al país. No sólo se nos mostró el desarrollo y los avances tecnológicos de las grandes urbes, también la calidez y la calidad de vida en el área rural, algo admirable de un país en el que se evidencia que el desarrollo no sólo radica en aspectos económicos y tecnológicos, sino fundamentalmente en aspectos sociales donde el bienestar de la persona humana es prioritario. Esto último me impactó con la imagen que poseía de nuestros países donde el contraste entre el área urbana y el área rural es enorme tanto en infraestructura como en calidad de vida.



Así como visitamos lugares iconos de Japón que destacan por su belleza e importancia religiosa que poseen como el Kinkaku-ji, Heian-Jingu e Itsukushima-Jinja; también fuimos al Museo Memorial de la Paz de Hiroshima, un lugar que me estremeció mucho al percibir los niveles de maldad a los que ha llegado la humanidad, que la devastación material fue inmensa pero el dolor que se transmitía al ver, leer y

escuchar sobre lo sucedido en esa ciudad durante la Segunda Guerra Mundial me puso a pensar en la resiliencia de ese pueblo que pudo levantarse frente a la adversidad, sin olvidar lo sucedido para no repetirlo, y también como el ejemplo y lección a los demás países.

El compartir la experiencia vivida y la visión adquirida sobre el desarrollo y cultura pueden ser el inicio para trazar nuevas metas encaminadas a cambios positivos en nuestra sociedad. Es por ello que a los estudiantes de japonés con los que converso, los invito a seguir estudiando a pesar de lo difícil o complicado que se presente, pues estas experiencias son enriquecedoras y memorables de las que se aprende y puede ser el inicio de una mayor motivación. Además gracias a las clases se logran crear vínculos con japoneses que visitan el país y hacen intercambios culturales con los estudiantes del idioma, llegándose a crear vínculos de amistad con los que se puede compartir de ambas culturas. En mi caso he logrado mantener el contacto y comentar sucesos importantes y personales con las amistades que logré crear siendo estudiante de japonés, algo que me resulta muy gratificante, pues practico el idioma al mismo tiempo que vivo nuevas experiencias gracias a lo que ellos me comentan o me muestran a través de fotografías o texto.

La experiencia que viví está gravada en mi mente, no sólo aprendí más de Japón, sino que de los demás países como producto de la convivencia e intercambio que tuvimos los participantes a lo largo del programa. Y uno de mis deseos es volver a visitar ese bello país y revivir esas hermosas experiencias; en esa oportunidad como parte de un nuevo reto con dos objetivos: mejorar mi nivel de japonés y realizar mis estudios de maestría.

Aunque fueron únicamente nueve días, cualquiera podría decir que fue un parpadeo, pero para mí los días eran largos y llenos de cosas nuevas por asimilar; sorprendiéndome que no era un sentimiento aislado, pues al momento de la despedida los compañeros expresaban lo mismo (en algunos casos entre risas y otros incrédulos de que el sueño hecho realidad llegaba a su fin).

Estoy agradecida con la Embajada del Japón en El Salvador por la oportunidad que me brindó de participar en ese programa; ya que algo que inició como una inquietud personal, me ha entusiasmado a compartir mi vivencia y aspectos positivos que pude identificar, con las personas que me rodean a fin de lograr cambios pequeños pero significativos en las actividades rutinarias que realizamos.

